

MAX SCHELER

**TRES ENSAYOS SOBRE EL PROBLEMA
DEL ESPÍRITU CAPITALISTA**

EL BURGUÉS

Entre las múltiples señales que nos anuncian la muerte del orden de vida bajo cuyo poder y dirección aún vivimos, no veo otra que sea más convincente que el *profundo extrañamiento* que, ante este orden de vida y en su orden especial, colma hoy a las mejores cabezas y a los corazones más fuertes. La historia de este extrañamiento es todavía muy joven. La nueva tendencia que tengo aquí ante los ojos la encuentro en primer lugar, como es de esperar, en los sabios y en los poetas (el cosmopolita puede decir los «soñadores»), por ejemplo, en Gobineau, Nietzsche, Jakob Burckhardt y Stefan George. Por diferentes que sean estos autores en todo lo que es esencial para el ser humano, sintieron y pensaron del mismo modo en esto, a saber: que el conjunto de fuerzas que han construido lo característico de la totalidad de nuestro orden de vida presente solo puede basarse en una profunda perversión de todas nuestras fuerzas espirituales esenciales, en un delirante *derrocamiento de todo orden razonable de valores* (no, por tanto, en fuerzas espirituales pertenecientes a la «naturaleza del hombre» normal, que fueran resultados radicados aún en el habitual campo de variación de la historia conocida por nosotros). La gente que todavía hoy «desfila al unísono» consciente o inconscientemente, aquella a la que el sentimiento de este extrañamiento aún no la ha empujado a

una posición contemplativa espiritual e histórica de vista de pájaro, podría hacer notar respecto a los autores arriba aludidos que siempre y en todas partes ha habido excéntricos, sea luchando contra la cultura de su tiempo (como Fichte contra la época de la «pecaminosidad consumada», la Ilustración), sea mostrándose indiferentes y soberanos ante ella; sin embargo, esta gente debería reparar en estas dos cosas: que aquel «extrañamiento» contra la «nave de locos de la época» (ya a Bismarck le gustaba esta elegante expresión) también afecta cada vez con más y más fuerza a los hijos más característicos de esta misma época; afecta no solo a los meros «poetas y pensadores», sino también, por ejemplo, al gran empresario Walter Rathenau¹ o al economista nacional Werner Sombart, familiarizado e íntimamente penetrado por las fuerzas vitales de nuestra vida económica. Con verborreas tales como «soñadores», «despistados románticos», etc., con la que nuestros más distraídos sabios de gabinete buscan paradójicamente despachar la nueva tendencia, no vamos a perder el tiempo.

Por eso, no es la mentalidad histórico-tradicional particular de un determinado partido político, eclesial o cultural, o la visión de un círculo literario determinado, lo que ha llevado a los nuevos planteamientos acerca de la esencia y el origen del «espíritu» que encarna nuestro orden de vida. No se trata de un extrañamiento de aquel o este aspecto particular, o de un grupo de fenómenos del orden de vida, sino de

¹ Walter Rathenau (1867-1922), empresario, político y escritor judío-alemán que coordinó buena parte de la economía alemana durante la Primera Guerra Mundial y asumió el cargo de Ministro de Asuntos Exteriores del Reich durante la República de Weimar. Fue asesinado por oficiales ultranacionalistas y antisemitas a los pocos meses de firmar el Tratado de Rapallo (1922) con la URSS (*N. del T.*).

su *totalidad*. Y esto tiene que ser así, pues el extrañamiento va dirigido contra el mismo *tipo humano* que avala, en último término, la existencia y la continuidad de este orden de vida. Sin embargo, estos rasgos no los encuentro reunidos en ninguno de los movimientos que se han designado en los últimos siglos, tales como la «restauración» o el «romanticismo». Tampoco los encuentro en Rousseau o en Tolstoi, que bien pueden valer como los más radicales revolucionarios de la cultura de su época y de sus pueblos. En el fondo, ambos predicán solo una moral contra el hombre civilizado en sí mismo y sus típicos errores, vicios y estrechez de miras. Ellos no poseen la conciencia histórica de un *tipo* determinado, estrechamente circunscrito, que ha llevado a la formación y construcción del orden de vida capitalista y que lo encarna de continuo. Tampoco intentan aclarar este tipo, sino que critican y moralizan. No se encuentra en ellos la impresión, particularmente poderosa, con la que Sombart comienza su libro sobre el burgués cuando dice: «El hombre pre-capitalista: este es el hombre natural. El hombre tal y como ha sido creado por Dios. El hombre que aún no se balancea sobre su cabeza y camina con las manos (como hace el economista en nuestra época), sino que está de pie con ambas piernas en el suelo y sobre ellas camina por el mundo». También el romanticismo alemán fue en todos sus representantes un mero partido espiritual que, incluso de forma consciente, se escondía por encima y más allá de la «realidad vital», detrás de las coloridas ventanas de las iglesias, tejiendo su danza por la noche, a la luz de la luna y en plácido amor y amistad. El romanticismo alemán apenas llegó a sufrir por la realidad porque huyó de ella, porque le faltó el *ethos* para querer reconstruirla y crearla de nuevo. A aquellos «extrañados» más actuales les falta este rasgo y, por eso, también aquel sentimental «retorno» román-

tico, ya sea a la «naturaleza», a la Hélade o a la Edad Media. Ellos saben que no hay un «retorno», sino solo un avanzar hacia algo completamente nuevo y desconocido, o hacia la muerte y la ruina². También el *objeto* del extrañamiento se ha ampliado considerablemente. Por ejemplo, el extrañamiento de los románticos afectaba en el fondo solo al hombre y a la cultura de la Ilustración. Pero ahora, la intuición y la vivencia compartida del capitalismo desarrollado, llegado a su plena madurez, ha agudizado la mirada también para los más primitivos comienzos y los primeros indicios de este espíritu y mentalidad que, tras seis siglos de larga evolución, ha culminado con «el hombre que camina con las manos». Buscamos las primeras huellas del «burgués» ya en el siglo XIII, que en todos los ámbitos de la ciencia histórica se presenta cada vez más como el gran giro de los tiempos, en el que se impone un nuevo «hombre» que derrama su nuevo espíritu, independientemente de su especificidad nacional, eclesiástico-religiosa o política, incluso también dentro de las instituciones más antiguas, como, por ejemplo, la Iglesia católica.

El nuevo extrañamiento es una vivencia plenamente indiscutible e inmediata y es, sin duda, también el punto de partida anímico para el problema de *la esencia y el origen del «espíritu capitalista»* que, desde hace unos cuantos años, mantiene ocupadas a algunas de nuestras mejores cabezas: me refiero a Max Weber, Ernst Troeltsch y Arthur Salz (el impulso pudo haberlo dado el libro de W. Sombart «El capitalismo moderno», de 1902). Hablemos aquí, en primer lugar, del nuevo libro de Sombart, «*El burgués*». En lugar de perseguir series singulares con la finalidad de comprender el orden de vida capitalista (tal como habían aparecido en sus

² Este ensayo fue escrito en enero de 1914.

trabajos anteriores, «Lujos y capitalismo» y «Ejército y capitalismo»³), en este libro se lleva a cabo el intento de ofrecer una descripción de este «espíritu» y de desarrollar una configuración de conjunto de las series causales que conducen a él, obteniéndose así una respuesta concreta a la importante cuestión, ausente en Sombart con anterioridad, sobre de qué manera y en qué medida hay dependencia o no en la variabilidad de las series singulares.

La obra de Sombart, admirablemente construida, se divide en dos partes principales. La primera está dedicada a la descripción de la esencia y el desarrollo del espíritu capitalista; la segunda a la cuestión, más profunda y difícil, acerca de sus fuentes y causas. En la primera parte, Sombart divide convenientemente dos componentes fundamentales de este «espíritu»: el (positivo) «espíritu emprendedor», que representa el elemento codicioso hacia el poder, la dominación, la conquista, la organización de muchas voluntades bajo un intrépido y enérgico fin racional que aspira a la formación de grandes masas; y el (negativo) «espíritu burgués» que, en oposición al «espíritu señorial», desarrolla un nuevo sistema de virtudes y valoraciones, incluso determinadas imágenes del mundo y sistemas metafísico-religiosos. Sombart persigue las formas nacionales de desarrollo de estos dos elementos del espíritu capitalista y concluye la primera parte de su obra con un análisis completamente sorprendente del burgués de «antes» y el de «ahora». En la segunda parte, titulada «Las fuentes del espíritu capitalista», busca en primer lugar sus «fundamentos biológicos», una sección en la que el

³ Este escrito de Sombart en verdad lleva por título «Guerra y capitalismo» y, junto con el anterior, conforman los *Estudios sobre la historia evolutiva del capitalismo moderno* (1913) (N. del T.).

espíritu capitalista aparece como la expresión integral de un determinado *tipo humano*, en cuya constitución bio-psíquica participan desde sus orígenes, en distinta medida, los diversos pueblos europeos occidentales. Le siguen como otras «fuentes» los «poderes ético-religiosos» del catolicismo, el protestantismo y el judaísmo, además de las «circunstancias sociales»: la eficacia del Estado moderno, las migraciones, los yacimientos de oro y plata, la técnica, las profesiones pre-capitalistas, las mismas formas ya acabadas de la economía y vida capitalistas, etc. Después de la inmensa estructuración de materiales con los que opera Sombart, después del intento de asimilar el capitalismo a partir de las más profundas y antiguas raíces de la historia europea, después de la espantosa denuncia contra nuestras formas de vida (con o sin la intención del autor) en la que se han convertido las cuatrocientas sesenta y dos páginas de su vasta exposición; a pesar del tono frío, sobrio, a la décima potencia más espantoso que todas las denuncias y el rabioso griterío de los partidos socialistas dominantes en Europa y sus teóricos reunidos, parece casi como una irónica broma la página y media que ocupa la «perspectiva» de futuro que, como a través de una rendija muy fina, nos debe ofrecer un panorama sobre el lento «tambaleo del gigante» «capitalismo». O Sombart no debería haber dicho nada sobre ello o mucho más. Tal como parece ahora, las tres causas que él contempla como los gérmenes letales del capitalismo (el aplanamiento de las pensiones, la burocratización de las empresas y la caída del excedente de nacimientos) se muestran demasiado desproporcionadas si las comparamos con las fuerzas anteriormente descritas que producen su crecimiento y próspera salud. ¡Algo así como si se esperara la muerte de un gigante por un mosquito posado en su nariz!